



El señor Doel y la señorita Hanff

por Juan Forn (Página 12)

Nunca fue tan grande la diferencia de poder adquisitivo entre norteamericanos e ingleses como en los años posteriores a la Segunda Guerra. En 1949 era diez veces más barato comprarle por correo a una de las venerables librerías de usados en Londres una hermosa edición vieja de un libro que bajar a comprarlo nuevo y recién impreso en una librería de Nueva York. Siglo y medio antes, Hazlitt había escrito famosamente que no les encontraba la gracia a los libros flamantes: “En cambio, cuando un libro se abre en mis manos por aquella página que su anterior dueño leía más a menudo, yo saludo como a un camarada a quien tuvo ese libro antes que yo”.

A Helene Hanff le pasaba lo mismo que a Hazlitt, pero con menos lustre. Vivía en un cuarto alquilado de Nueva York, llevaba quince años aporreando en su máquina de escribir obras de teatro que a nadie en Broadway le habían interesado, vivía con lo estrictamente necesario para whisky y cigarrillos, cuando descubrió en el verano de 1949 que podía darse el lujo de comprar hermosos libros viejos ingleses por monedas y sin moverse de su casa. Empezó mandando una carta tímida a la librería Marks & Co, de Charing Cross. El libro que le llegó era tan hermoso que le daba vergüenza ponerlo en sus estantes hechos con cajones de fruta, le confesó a su corresponsal en Marks & Co, y a partir de entonces no paró de confesarle cosas y pedirle más libros y preguntarle por la familia y azuzarlo por su indolencia cuando tardaba en contestarle, hasta que un día de 1969 le llegó una carta de Marks & Co donde lamentaban informarle que, luego de cuarenta años de trabajar para la firma, el señor Frank Doel había fallecido.

Helene seguía sin haber estrenado una sola de sus obras, pero el advenimiento de la televisión le había dado un nicho: fue durante unos años guionista de El Show de Ellery Queen (“Oye, Frank, estoy pensando en ambientar un episodio en una librería de viejo, ¿qué prefieres ser: asesino o cadáver?”), luego trabajó para el Hallmark History Show (“La historia de John Donne rescatando a su futura esposa de la Torre de Londres fue un éxito; pagaré la mitad de lo que le debo a mi dentista”), pero entonces las cadenas de televisión se mudaron a California, y Helene prefirió quedarse en Nueva York (“No sé manejar, detesto el calor y las autopistas... no es para mí”) y volvió a quedarse sin trabajo: el mismo día que recibió la noticia de la muerte de Frank le llegó un telegrama de la NBC, anunciando que ya no requerirían más de sus servicios.

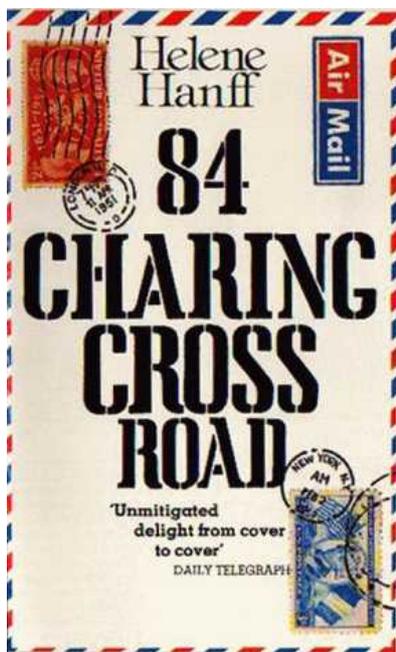
Helene se sentó esa tarde en su departamento, con una botella de whisky y las cartas que había cruzado con Frank Doel a lo largo de esos veinte años. El plan era sólo emborracharse, pero por la mitad de la botella se dejó llevar por la emoción, seleccionó un puñado de ellas, las puso en un sobre y se las mandó a su agente, a ver si alguna revista quería

GRUPO B



Tertulias Literarias

publicarlas, como una despedida al viejo Frank. El texto no interesó a ninguna revista pero, para estupor del agente, una editorial quiso publicarlo como librito. Tenía ochenta páginas y estaba hecho enteramente de esos pedidos de libros y sus respuestas. Pasó sin pena ni gloria, pero algunos ejemplares llegaron a Inglaterra, a alguien de la BBC se le ocurrió hacerlo por radio, alguien escuchó la versión radial y la transformó en obra de teatro y la estrenó en el West End, Mel Brooks estaba de paso por Londres y la vio, su esposa estaba a punto de cumplir cincuenta años en esos días, su esposa era Anne Bancroft: el regalo fue comprar los derechos y hacer una película con ella como Helene y Anthony Hopkins como Frank. El libro se había publicado en el '71 y ya estábamos en 1986: Anne Bancroft ya no era la señora Robinson y Anthony Hopkins no era aún Hannibal Lecter, estaban perfectos, la película fue un éxito, el libro también, Helene Hanff terminó saludando en persona a la reina de Inglaterra por ese puñado de cartas de una carilla o dos que, a lo largo de veinte años, escribió sin la menor conciencia de que estaba escribiendo, creyendo que pedía libros solamente, a un hombre al que nunca le vio la cara.



A nadie se le ocurrió invitarla a participar en la adaptación radial, teatral o cinematográfica de su propio libro, a pesar de su larga experiencia como guionista. Sólo la BBC Radio pensó en ella: le ofrecieron una columna en un programa para mujeres llamado La hora de las amas de casa, en la que contaba cómo era vivir en Nueva York para una mujer sola (Helene nunca se casó). Después del éxito de la película, convirtió sin mayor suerte todas esas columnas en una guía de la ciudad “para peatones impenitentes, pero miedosos”, y también logró publicar una autobiografía contando sus fracasos en el mundo del teatro, en donde confesaba, por ejemplo, que era buena inventando diálogos, pero no las historias en las que debían ocurrir esos diálogos. “He hablado en mi cabeza toda mi vida. Empecé a hacerlo de niña, en los tiempos de la Depresión, cuando mi padre me llevaba con él al teatro todas las semanas aunque no tuviera dinero; entrábamos con la función empezada para no tener que pagar. Así he visto todo lo que se estrenó en Broadway en los últimos cincuenta años: nunca he sabido del todo en qué historia ocurrían los diálogos en mi cabeza.”

Dije que Helene nunca se casó. Vivió sola, en el mismo departamentito alquilado en Nueva York, hasta que se la llevaron a un geriátrico, octogenaria, diabética y en silla de ruedas, pero aún aferrada a su paquete de cigarrillos y su botella de whisky. En una de las cartas de 84 Charing Cross Road (dirección de la librería Marks & Co en Londres, título que le puso a su librito de correspondencia con Frank), Helene le contaba: “Va contra mis principios comprar un libro que no he leído previamente, sería como comprar un vestido sin probármelo antes. Tengo sólo tres estanterías en este departamento. No entran más, y apenas me quedan libros de los cuales desprenderme. Cada primavera hago una limpieza y me deshago de lo que no volveré a leer. Mis amigos se escandalizan. Son muy peculiares: les importan mucho menos los libros, compran a ciegas, a veces ni los leen, pero jamás los tiran... ¡porque son de tapa dura! Personalmente creo que no hay nada menos sacrosanto que un libro mediocre”.

Las tres estanterías hechas con cajones de fruta seguían ahí cuando la entrevistó el New York Times, poco antes de que se la llevaran al geriátrico. Sólo le había hecho un agregado a la biblioteca en todos esos años: la pizarra de ofertas de Marks & Co, que un fan le mandó desde Londres cuando la librería cerró, poco después de las muertes sucesivas de Frank y el señor Marks. Helene no llegó a conocer la librería, como nunca vio a Frank, aunque buena parte de la correspondencia entre ambos habla de un siempre postergado viaje de ella a Londres. En una de esas cartas, Helene dice: “Un muchacho muy sarcástico me dijo que los turistas viajan a Inglaterra con ideas preconcebidas; por eso encuentran lo que buscan. Lo que yo buscaría en Inglaterra es la Inglaterra de la literatura inglesa”. A vuelta de correo, con inefable laconismo inglés, Frank le contesta: “Pues todavía está entre nosotros”.



¿Novela o documento?

Por Juan Antonio Masoliver Ródenas (Revista de Libros)

84, Charing Cross Road pertenece a la rica tradición de la novela epistolar, con una peculiaridad: los personajes son reales y el cruce de cartas no surge del afán de crear una novela sino de la necesidad de comunicar y de un progresivo acercamiento de los distintos correspondientes, especialmente de los dos protagonistas, a lo largo de un período de treinta años.

Todos sabemos, sin embargo, que las cartas pertenecen a un específico género literario, sin necesidad de que estén concebidas como ficción. Y el género epistolar tiene, como las biografías y las memorias, una gran tradición dentro de la vida y la literatura sajona. Donde hay un buen escritor hay una buena correspondencia. Y Helene Hanff es, ante todo, una escritora. Nacida en Filadelfia en 1916, a los veinte años empieza a escribir obras de teatro y gracias a una beca consigue instalarse en Manhattan. Pero, nos recuerda Thomas Signoret en el post scriptum, «no tarda en hundirse en la miseria, escribiendo decenas de piezas sin que nadie se ofrezca a producirlas». En esta precaria situación económica se encuentra cuando descubre el anuncio de Marks & Co., una de las librerías de ocasión de la Charing Cross londinense, con los que se pone en contacto. Desde la primera carta advertimos ya un tono personal: «digamos que soy una escritora pobre amante de los libros antiguos».



Estamos en 1949. Inglaterra vive todavía en pleno racionamiento. La pasión por los libros y los apuros económicos son dos temas centrales. Pronto se añade otro: el de los regalos. Helene empieza a mandar al personal de la librería carne, huevos en polvo y hasta medias de nailon. Puede decirse que les ha ido seduciendo poco a poco con su excepcional gusto por los buenos libros, con su generosidad, con su humor, con su capacidad para ir insinuando su mundo personal y hasta con su coquetería. Por eso sus cartas son las más atractivas del libro. A medida que la relación se hace más cálida, surge otro motivo recurrente: el de un posible viaje de ella a Londres para conocerlos, para conocer la librería y para conocer un país que ella venera. En torno a estos motivos recurrentes se va tejiendo una trama que se apoya en los sucesivos cambios en la sociedad inglesa a lo largo de los años y, sobre todo, en el visible desarrollo sentimental: 84, Charing Cross Road es un libro conmovedor, y es aquí cuando se sale por completo del documento para acercarse a la novela. Hasta el punto de que el lector, cautivado asimismo por una estructura de naturaleza narrativa, tiene todo el derecho a dudar de si estas cartas no son un invento de Helene Hanff. Pocas veces la imaginación y la realidad han estado tan íntimamente fundidas. O, mejor dicho, pocas veces la realidad comparte todas las virtudes de la más delicada imaginación.



Hay un marcado contraste entre la seductora Helene y el reservado encargado de la librería, Frank Doel. Desde el principio ella trata de romper el hielo: «Me parece un poco tonto seguir escribiendo "señores" cuando tengo la certeza de que una y única persona se está ocupando de mis cosas». Le toma afectuosamente el pelo («¿y qué hace usted ahí todo el día, sentado en la trasera de su tienda y leyendo sin parar?»), le insinúa rasgos de su personalidad, coquetea con él y acaba por confesarle: «Ya ves cómo andan las cosas, Frankie..., tú eres el único ser que me comprende». Él contesta siempre como un verdadero profesional y un verdadero caballero (el caballero que ella necesita imaginar), hasta que, ya los casi cuatro años de haberse iniciado la correspondencia!, concede: «estoy completamente de acuerdo en que ya va siendo hora de que me apee

del "señorita" cuando le escriba», «esta carta no tiene nada que ver con los libros, y no haré ninguna copia». Y la misma esposa de Frank, Nora, escribe al comunicarle la muerte de su marido en 1969: «No me importa reconocer que a veces me he sentido muy celosa de ti, porque Frank disfrutaba leyendo tus cartas y todas ellas, o muchas, revelaban un sentido del humor muy parecido al suyo. También he envidiado tu facilidad de escribir». Lo atractivo de su misteriosa personalidad y su capacidad para seducir hace que el círculo de gente que le escribe y a los que escribe se vaya ampliando: conocemos así el mundo de Marks & Co., «una tiendecita antigua y encantadora, que parece salir



directamente de las páginas de una novela de Dickens». Pero conocemos sobre todo la pasión de Helene por los libros y su conocimiento de los clásicos, con deliciosas observaciones sobre las ediciones, los autores y la escritura. Estos libros expresan también su admiración por Inglaterra, de la que la librería y sus habitantes son el símbolo más perfecto. A un amigo periodista le confiesa que «me gustaría ir en busca de la Inglaterra de la literatura inglesa», a lo que él responde: «Pues está allí, sí». Un viaje que ella tiene que posponer por falta de dinero, aunque «tal vez sea mejor que nunca haya estado allí. Soñé tanto con ello y durante tantísimos años [...] Solía ver las películas inglesas sólo para familiarizarme con las calles».

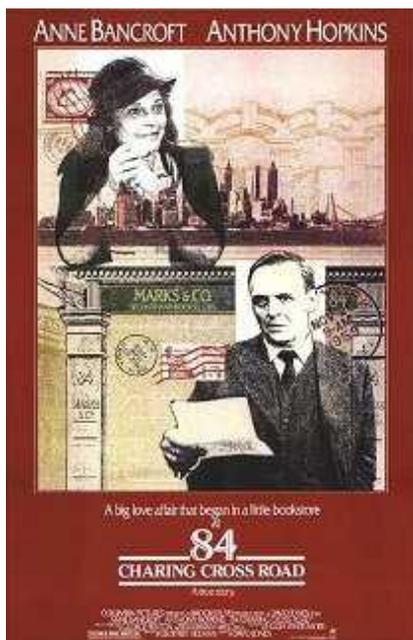
Gracias a la publicación del libro en 1971, Helene Hanff puede visitar Inglaterra por primera vez, pero Frank Doel ha muerto y la librería del 84 de Charing Cross ha cerrado. La fuerza del libro está en esta carga de nostalgia por algo que tal vez nunca existió o que nunca podría conocer, una nostalgia, podríamos decir, religiosa. Hanff conoció la fama, su libro fue llevado a la televisión y al cine, y murió como vivió, sin un centavo, en una residencia para ancianos de Manhattan. La versión española de Javier Calzada, pese a algunos calcos, mantiene el encanto del original inglés. Lo de los «huesos en polvo» es una distracción del corrector. La ilustración de la portada expresa esa sensación tan presente en el libro, de un mundo delicioso, en blanco y negro, que se ha ido para siempre.

“La carta final”

(versión cinematográfica. Non dispoñible nas bibliotecas de Oleiros)

1987 – Gran Bretaña

Director: David Hugh Jones - Intérpretes: Anne Bancroft, Anthony Hopkins, Judi Dench.



Fontes:



[Página 12 \(31 xaneiro 2014\)](#) [Revista de libros \(1 novembro 2003\)](#)

Para saber máis:

[Entrevista con Helene Hanff \(BBC 1981\)](#)

[Arquivo documental das Tertulias Literarias \(desde 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996
Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>